

XIII

La Llorona y el cura llegaron casi juntos. Una y otro venían de un entierro. Saludó el cura con gran timidez y se sentó en el punto del corro que le pareció menos visible. A Juan le hizo, al principio, la impresión de un hombre corto de alcances, burdo de maneras y adocenado en el ejercicio de su mismo ministerio. Tenía el vicio de inclinar ligeramente la cabeza hacia el hombro izquierdo y entornar los ojos, lo cual le daba un aire de misticismo que no concordaba con las demás señales. Se expresaba mal, mezclando las palabras castellanas con las valencianas y avergonzándose á cada momento de su torpeza; así, que era preciso instarle mucho para que hablase. Los de Villamar lo despreciaban. No sabía predicar y apenas se relacionaba con las gentes. Recordaban todos al cura anterior, un gigante, animoso y bromista, cuerpo y alma de labriego, que lo mismo empuñaba el arado que se remangaba los puños de la so-

tana para imponer el respeto á trompazos á cualquier feligrés que pretendiera insubordinársele. Pero ¡don Felipe!... Se reían de él y no le pagaban.

La Llorona comenzó á contar á doña Micaela detalles del entierro. El muerto era un pobre anciano, pescador de oficio, que días antes había dado una fuerte caída desde un peñón de la costa. Un buen hombre. Había confesado y recibido al Señor.

— Pues ni por esas se libra — dijo el jardinero, buscando ya el modo de excitar á la vieja.

— ¿De qué, hombre, de qué? — exclamó la Llorona. — Ya extrañaba yo que tu mala lengua no pinchase.

— Conque mala lengua, ¿eh? — repuso el jardinero. — Que lo digan todos los presentes, si el tío Vericas no era hombre de historia. En el infierno está ya, de seguro.

— ¡Calla, calla! No sabes lo que dices. Dios perdona á todos los pecadores.

— Atiende, Juan — dijo el tío, guiñando un ojo como era su costumbre cuando iniciaba una broma. — Ahí tienes á una beata que no cree en el Infierno. ¿Has visto nunca cosa parecida?

Tímida, casi murmurante, se alzó la voz del cura:

— Déjela, don Vicente... Ya sabe...

— ¡No, no! — siguió el amo de la casa. — Quiero yo ver si al fin la convertimos. Es un caso de conciencia.

A pesar de que era ya la centésima vez que se suscitaba esta conversación, don Felipe se turbó ante las palabras de don Vicente. Para él, realmente era aquello un caso de conciencia que le acongojaba, pero al cual temía, porque sentíase débil para convencer á nadie.

— Usted diga en qué se funda, tía Llorona — dijo el cirujano. — El señor (señaló á Juan) es persona de mucho saber y puede que le dé á usted la razón, puede.

— Mire, señor — empezó la vieja, cayendo como siempre en el garlito. — Yo digo esto. Dios es nuestro padre, el padre de todos. Ha de querernos como yo quiero á mis hijos, es un decir... Fíjese que usted tiene un hijo, vamos, y que sale un Fierabrás. Se marcha de casa, lleva mala vida y al cabo de los años mil vuelve, enfermo, derrotado, hecho una lástima. Usted, ¿qué hace? Pues olvidar todos los disgustos, perdonarlo y cuidarlo. ¿Tendría usted alma para castigarlo encima?... Yo no, señor; creo que ninguna madre y ningún padre la tendría. Bueno. Pues el Señor, todavía más, porque es el Señor... Y entonces, no hay infierno, ni penas eternas. ¿No le parece?

— No sé, no sé — contestó Juan sonriendo.

La voz del cura volvió á sonar, suplicante:

— ¡Vamos, no diga tonterías!... Una buena cristiana como usted...

— Cristiana lo soy — afirmó la vieja. — Todos saben que no faltó á ninguna misa, á las novenas, á los sermones, á los entierros... ¿Digo verdad ó

no?... Pero eso del infierno, no puede ser, señor cura.

— Tiene usted obligación de creerlo — dijo don Felipe.

— No puede ser — repitió la Llorona. — Un padre no castiga á su hijo de ese modo que dicen que pasa en el infierno.

— ¡Pero, mujer! — exclamó el cura levantando un poco la voz... — ¿Qué diferencia habría entonces entre los buenos y los malos?

Era su argumento supremo, que repetía siempre, con las mismas palabras. La Llorona calló. Nunca sabía qué contestar á esto; pero su escepticismo respecto del infierno era inquebrantable. Los del corro reían. Sólo Juan estaba pasmado de aquella lógica primitiva, sentimental, que tan sinceramente arrastraba á una mujer piadosa fuera del dogma católico, al cual, no obstante, no creía negar en lo más mínimo. Y, refiriendo el hecho, como ya lo refería todo, á su estado de espíritu, admiró la simplicidad de aquella conciencia, cuya paz no era bastante á perturbar lo que para otros hubiera sido caso terrible de conturbación.

Aun duraban los comentarios acerca del incidente de la Llorona, cuando se presentó el alcalde. Venía con el alguacil que era, á la vez, carnicero, y que por de contado atendía, más que á su cargo, á su industria; y como, por otra parte, era miedoso y no gustaba de enemistarse con sus convecinos, dejaba que cada cual hiciera lo que le viniese en gana. El alcalde era otra cosa. Su cara afei-

tada, llena de arrugas, contraída constantemente por una mueca que le hacía aparecer sonriente en todo momento, revelaba un espíritu astuto y socarrón. Aunque vestía como los aldeanos, tenía un aire de medio señorito que predisponía á desconfiar de él; y cuando se quitaba el sombrero, la calva enorme de su cabeza le daba el tipo convencional de un escribano de comedia, maestro en marrullerías y complaciente con las personas adineradas.

En cuanto le vió llegar, don Vicente se levantó.

— Véngase un momento al despacho, alcalde. Tenemos que hablar — le dijo.

— ¡Allá voy, don Vicente!

Dió las buenas tardes á todos, saludó especialmente á Juan y entró en la casa.

El Estudiante hizo historia.

— ¿Qué le parece á usted nuestra primera autoridad?... Cualquiera diría que es un veterano en el oficio, ¿eh? Pues no, señor. Es un novato. Labrador toda su vida, poseedor de bastantes tierras, ha ido arruinándose poco á poco, no se sabe bien por qué. Cuando las cosas fueron mal, intentó varios negocios con gentes de Levantina é hizo relaciones entre los mangoneadores de la capital. Por fin, de la noche á la mañana se metió en política. Es fino para las elecciones, por supuesto; y parece que el bienestar va volviendo á la casa...

— Uno como los demás, vamos — interrumpió Juan.

— Sí, y de casta — afirmó el Estudiante. — Su

familia es una de las cuatro ó cinco que constituyen el tronco fundacional de Villamar. Los Lloret son innumerables y todos aprovechados. Sus enlaces constantes con los Verdú, gente comerciante y trabajadora, les ha ido arraigando y elevando, y cuando uno se cae, como este don Quico, no tarda en levantarse de una manera ú otra... Pero me callo, porque ha de saber usted que el alcalde es tío mío.

Juan miró con sorpresa al Estudiante.

— Sí, señor. Nosotros no somos Llorets ni Verdús, sino Rocas; pero como el pueblo es pequeño se han ido cruzando las familias y hoy todos somos parientes más ó menos cercanos.

— Y el cura ¿es de aquí?

— No — dijo el Estudiante. — Es forastero y hace poco que vino. ¡Si supiera usted la historia de ese pobre hombre!

— No es simpático á primera vista — confesó Juan.

— Ya me figuraba que opinaría usted así. Pero variará usted en cuanto sepa. Es un desgraciado. Vive solo, sin ama. Come mal, casi por caridad de algunos vecinos, de los pocos que se compadecen de él. Duerme sobre un jergón de maíz que él mismo mulle...

— ¿Tan escasa es la dotación del curato?...

— No es una canongía... Pero la causa es otra. Don Felipe tiene una deuda enorme, que lo aniquila. Una infamia, á que él, no sólo se ha resignado, sino que considera como el primordial deber

de su vida. Le digo á usted que es digno de admiración.

— Cuente usted; ¿qué es ello?

Las palabras del Estudiante habían despertado el interés de Juan. La humildad y el apocamiento de don Felipe empezaban á parecerle algo grande y simpático.

— Don Felipe fué, antes que de aquí, cura de un pueblecillo de la montaña, pueblo rico, cosechero de arroz y de uva. La iglesia era antigua, se desmoronaba por todas partes. Don Felipe excitó la piedad de los fieles para que contribuyesen á las obras de reparación. Al obispo no había quien le sacase un cuarto. Prometieron casi todos, se formó una lista y, fiado en ella, el cura contrató las obras. Cuando llegó el momento de pagar, apenas si tres ó cuatro pobres dieron lo ofrecido. El resto se excusó ó dió una miseria. Don Felipe rogó, suplicó, acudió á Palacio... Todo fué inútil, no le oyeron. Y ahora va pagando de su sueldo mequino el déficit, para él enorme, de las cuentas.

— ¡Pero eso es una iniquidad!—exclamó Juan, indignado.

— Tremenda, sí señor. Y lo admirable del caso es que don Felipe no lo cree así. No quiere hablar de ello. Considera su obligación sagrada, justísima, y para cumplirla cuanto antes, se priva de lo más necesario. «Ahora tengo que salir de esto» — me dijo un día en que insistí sobre el asunto. — «Luego me quedará tiempo de pensar en mí, si el Señor me concede vida.»

Quedó Juan profundamente impresionado de aquel ejemplo de resignación. La figurilla vulgar y tímida del clérigo se había agigantado á sus ojos y le pareció un nuevo símbolo de la paz interior con que le brindaba á cada paso la vida y el paisaje de Villamar. Aunque el Estudiante cambió de conversación é hizo por distraerle con mil cuentos y secretillos de la crónica villamarina, Juan siguió pensando en el sacrificio de don Felipe. De vez en cuando, miraba á hurtadillas al mísero cura, que seguía en su mutismo; y cuando se disolvió la reunión, no pudo contener un movimiento de calurosa simpatía hacia aquel humilde. Con gran asombro de casi todos los presentes, se acercó á él, le dió la mano y le acompañó, hablándole afectuosamente, hasta el final de la alameda que conducía á la entrada de la finca. En aquel mismo instante aparecían en la puerta de la casa don Quico y don Vicente. La cara de pascua de éste daba á entender que había vencido.

■■■■■■■■■■

XIV

Estando comiendo, se le ocurrió á Eugenia decir:

— ¿Cuándo vamos á ver á Isolina?

— Cuando quieras. Un día que tu padre no tenga que hacer — contestó doña Micaela.

— Por mí, hoy mismo — asintió don Vicente.

— Pues hoy. El día está hermoso. Sopla el Levante y no tendremos calor.

Don Vicente miró á su sobrino:

— Tú dirás que quién es Isolina, ¿no es eso? Pues una amiga antigua de tu tía, una solterona adinerada, cuya casa de campo es el principal centro de reunión de los veraneantes en dos leguas á la redonda... ¡Cosa buena! Si quieres estudiar tipos del país, de los burgueses, por supuesto, allí los encontrarás admirables, verdaderamente representativos.

— Ya sabe usted — dijo Juan — que me aburre la gente y hasta me da algo de miedo. Estoy tan bien aquí, he alcanzado tal reposo, que me asusta

la idea de perder algo de él volviendo al roce con el mundo.

— Por eso no te apures. No será entre esa gente donde renazcan tus preocupaciones y tu excitación madrileña. Les estorba lo negro, por lo general; y en cuanto á problemas sociales, jurídicos, etc., etc., *vade retro!* En cambio, es gente alegre, contenta de vivir y graciosa, á ratos. Anímate.

Vaciló Juan un momento:

— ¿Vamos todos? — preguntó.

— Si tú vienes, sí. Voy yo también — dijo el tío.

— Pues voy.

Apenas terminados los postres, salió Cristóbal disparado, á dar órdenes al jardinero para enganchar la tartana. Excursiones como aquella constituían para el adolescente uno de los episodios más gratos de la vida. Veía de nuevo á muchos de sus antiguos camaradas de Instituto, polleaba entre las chicas y lucía su ingenio que, como es natural, se manifestaba frecuentemente en versos amoratorios, gratuitos al público femenino. Aunque faltaban todavía dos horas para salir, metió mucha prisa, ayudando á sacar el carruaje de la cochera. Entrando y saliendo en la cuadra para dar palmaditas animatorias al caballo, cerciorarse de que el pesebre estaba bien provisto, etc. Juan miraba con simpatía aquella actividad alegre, entusiasta, que encontraba satisfacción en cosas tan menudas y fáciles.

Minutos antes de las cuatro, ya estaba todo listo. La pesada tartana, de la que el jardinero,

destrozando el castellano, solía decir, para encarecer su holgura, que tenía «mucho comunidad», esperaba á la puerta misma de la casa, haciendo brillar al sol su charolada cubierta. Cuando el pesado carruaje empezó á rodar con sordo rechinar de la arena del piso, Cristóbal estuvo á punto de palmotear de entusiasmo. Siempre asomaba en él, por bajo de las apariencias del hombre, la sencillez del niño.

La carretera caminaba al principio por entre viñedos, bordeados de almendros y algarrobos, cuyas sombras alargadas cortaban, con manchas de un negro azulado, el blanco deslumbrador del polvo calizo. Durante medio kilómetro, las casas eran frecuentes al linde mismo de la cuneta, y de ellas salía constantemente un saludo afectuoso para los viajeros. Las puertas, abiertas de par en par, dejaban ver la primera pieza de la casa, formada generalmente por una especie de zaguán más ó menos ancho, en cuyo fondo vislumbrábase la entrada al corralón ó á la cuadra, y en cuyo primer término no faltaba nunca el cantarero, de piedra ó de madera, sobre el cual erguíanse los cántaros amarillos, rezumantes, cerrados por cantarillas de ancha boca y entreverados, á veces, con tiestos de albahaca. Las mujeres, sentadas en el suelo ó en sillas de poca altura, cosían, trenzaban esparto ó se peinaban unas á otras. Los chicos revolcábanse en los bancales ó corrían por la carretera. A la puerta de un ventorro estacionaban dos carros del país, con largas filas de mulos que movían continuamente la

cabeza y las patas, ahuyentando las moscas; y al lado, bajo el copudo ramaje de una higuera, cuatro hombres en mangas de camisa jugaban á los naipes, sobre una mesa enana.

Pasado el ventorro, la carretera comenzaba á bajar en cuesta rápida hacia el río, franqueado por un puente de piedra: río seco, de ancho cauce pedregoso, lleno de enormes cantos rodados que acusaban la violencia de las avenidas, en días de temporal. Más allá del puente, el terreno volvía á subir en bancales pobres, mezcla de arenas y piedras en que arraigaban algunos árboles miserables, contrastando con el migajón enorme de tierra labrantía que formaba la pared derecha del río. Aquella hondonada, sequerona y triste, parecía otro mundo. La perspectiva de la frondosa llanura perdíase por completo, y la barrera de montañas peladas que por el Norte y Oeste cerraba el horizonte, creeríase que iba á tocarse con la mano.

Vencida la cuesta, volvió el panorama alegre de la arboleda, tras cuya masa empezaban á verse las quintas de recreo, de fachadas enlucidas con yeso de color. Por encima de los muros de cerramiento, ó al través de las cercas de cañas, asomaban los botones dorados de los aromas, las campanillas blancas ó azules de las enredaderas y los pámpanos verdes y rojos de las vides, todo ello velado por el polvillo calizo del camino. De pronto, la tartana torció á la derecha y se metió por una alameda de terebintos y acacias, sustituida á poco trecho por una doble fila de algarrobos.

Después, volvieron los campos de sembradura, en rastrojo unos, cubiertos de alfalfa ó de maíz naciente otros. Por fin, apareció una gran verja de hierro pintada de blanco, tras cuyos arabescos veíanse trozos de un jardín y de una gran casa, pintada de amarillo.

Antes de que la tartana llegara, sonó una voz de mujer, todavía fresca, pero chillona, que gritaba:

— ¡Jaime, Jaime! ¡Abre la verja!

Asomó un labriego, vestido con una de esas blusas azules, cortas, que los arrieros suelen gastar, y pantalón de pana, color café.

Tras él llegó una señora alta, gruesa, envuelta en amplísima bata oscura, de cola.

Doña Micaela gritó:

— ¡Isolina!

Abrióse de par en par la puerta y los visitantes empezaron á bajar.

— ¡Qué milagro que estás sola! — dijo doña Micaela besando á su amiga.

— Nada de sola, hija. Tengo allí dentro la mar de gente: Doña *Antigua*, Ramoncito Llorca, Amparo, don *Ciro*, *Las Tres Gracias* y un batallón de pollos y pollas. Cristóbal va á estar en grande... ¡Ah! ¿este es tu sobrino?

Le tendió una mano con aire tal de franqueza, de cariñosa acogida, que Juan no pudo menos de estrechársela con repentina efusión.

— Micaela es como hermana mía — dijo Isolina — y aquí, ella y los suyos están como en su

propia casa. Aunque me han dicho que es usted un poco hurón, espero que se encontrará á gusto entre nosotros y, al fin, habrá de quererme... Todos me quieren — añadió con sinceridad exenta de coquetería.

Y volviéndose á doña Micaela, mientras la cogía del brazo para dirigirse á la casa, le dijo ingenuamente:

— Me gusta. Es ya un poco coscón, pero hemos de buscarle novia. Y se echó á reír con toda su alma, como se ríen los que no tienen preocupaciones y consideran la vida por el lado alegre.

— ¿Has visto cosa igual? — preguntó don Vicente á su sobrino. — Es una niña, con sus cincuenta largos de talle. Algo sin sustancia; pero á su lado no es posible estar triste. Ejerce la caridad del buen humor... y ¡tiene una gracia para burlarse de las gentes! Ya habrás notado algunos de los apodos con que designa á sus amigas.

Sonrió Juan y, sin darse cuenta de que repetía lo que Isolina había dicho de él, confesó francamente:

— Pues me gusta... Á la verdad, esperaba encontrar una vieja con pretensiones, y el desengaño ha sido gratisimo.

Echaron á andar detrás de las señoras.

Eugenia y su hermano habian desaparecido momentos antes, y se oía ya la algazara con que la gente joven saludaba su presencia.

■■■■■■■■■■